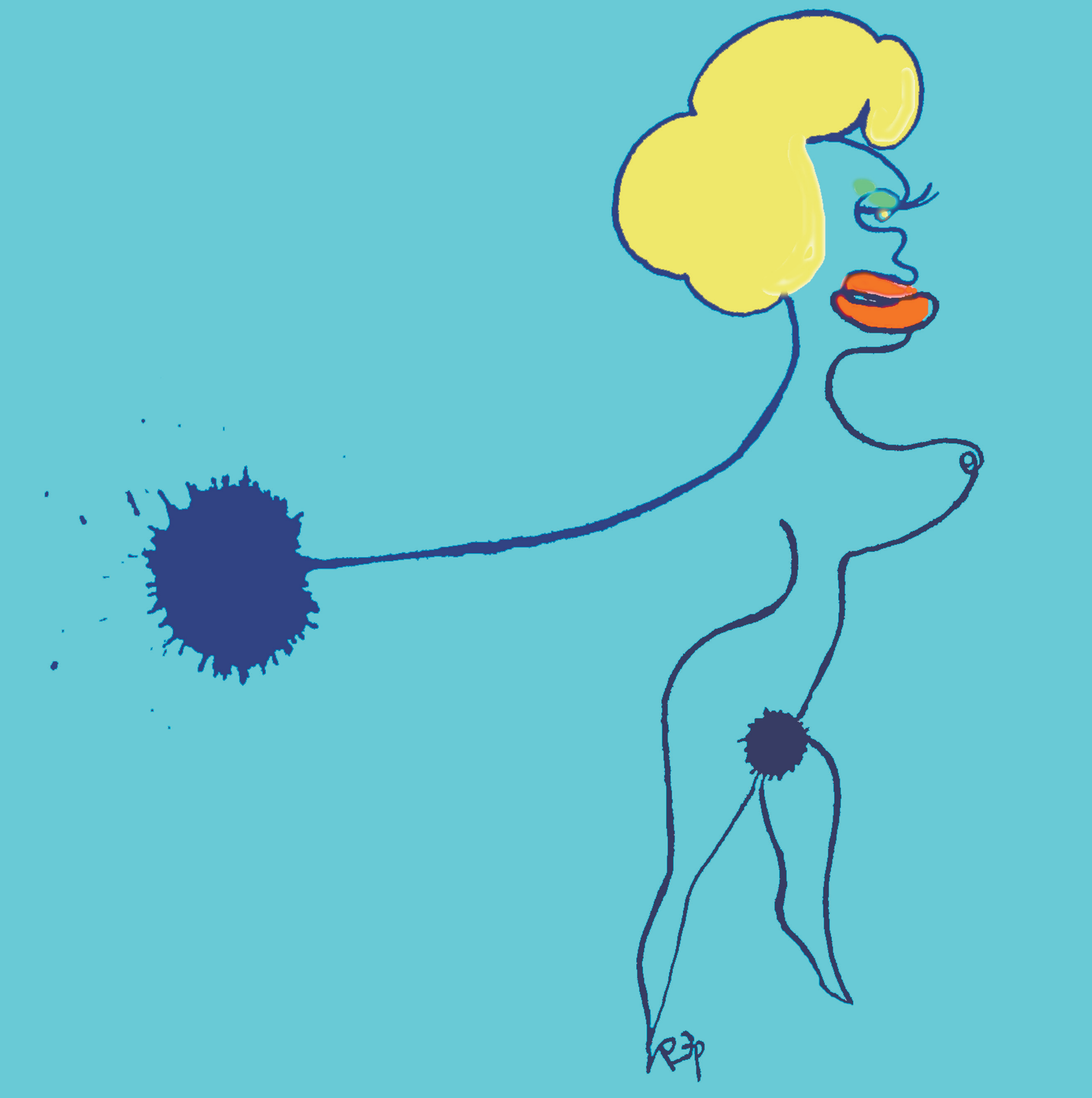


Marilyn Monroe X Truman Capote

Por
Truman Capote

Escena: La capilla de la funeraria Universal en la Avenida Lexington y la calle Cincuenta y dos, Nueva York. Un interesante grupo representativo se apretuja en los asientos: celebridades, en su mayoría, del ambiente teatral, cinematográfico y literario internacional presentes todos en homenaje a Constance Collier, la actriz nacida en Inglaterra, que murió el día anterior, a los setenta y cinco años.

Nacida en 1880, Miss Collier comenzó su carrera como corista de teatro de variedades, pasando de allí a convertirse en una de las principales actrices shakespeareanas de Inglaterra (y novia, de por vida, de Sir Max Beerbhom, con quien nunca se casó, siendo tal vez por esa razón la inspiración de la traviesa e inconseguible heroína de la novela de Sir Max, *Zuleika Dobson*). Después de un tiempo emigró a los Estados Unidos, donde se convirtió en una importante figura en el teatro de Nueva York y en el cine de Hollywood. Durante las últimas décadas de su vida vivió en Nueva York; allí daba clases de teatro de alto nivel: sólo aceptaba profesionales como estudiantes, y por lo general profesionales que ya eran "estrellas". Katharine Hepburn fue su alumna permanente. Otra Hepburn, Audrey, fue igualmente una de las protegidas de la Collier, igual que Vivian Leigh y, unos meses antes de su muerte, una neófita a quien Miss Collier llamaba "mi problema especial": Marilyn Monroe.

Marilyn Monroe, a quien conocí por intermedio de John Huston cuando dirigía *La jungla de asfalto*, la primera película en que Marilyn habló, pasó a ser protegida de Miss Collier por sugerencia mía. Conocía a Miss Collier desde hacía unos seis años, y la admiraba como mujer de mucho valor en el aspecto físico, emocional y creativo, y por ser, a pesar de sus modales altaneros y de su voz de gran catedral, una persona adorable, levemente malvada pero excesivamente cálida, digna pero *gemütlich.* Me encantaba ir a los pequeños almuerzos que ofrecía con frecuencia en su oscuro estudio victoriano en el centro de Manhattan; tenía una infinidad de historias acerca de sus aventuras como primera figura con Sir Beerbhom y el gran actor francés Coquelin, su relación con Oscar Wilde, Chaplin de joven y la Garbo en los primeros años de la sueca, en las películas mudas. En realidad, era una delicia, igual que su fiel secretaria y compañera, Phyllis Wilbourn, una solterona brillante pero callada que, después de su muerte pasó a ser, y sigue siendo, acompañante de Katharine Hepburn. Miss Collier me presentó a muchas personas de quienes me hice amigo: los Lunt, los Olivier y especialmente Aldoux Huxley. Pero fui yo el que le presentó a Marilyn Monroe, y al principio no le interesó conocerla, no veía muy bien, no había visto las películas de Marilyn, y en realidad no sabía nada de ella, excepto que era una especie de bomba sexual de pelo platinado, de fama mundial. En fin, no parecía arcilla adecuada para la severa y clásica formación de Miss Collier. Pero yo pensé que podían hacer una combinación estimulante.

Así fue. "Oh, sí", me informó Miss Collier. "Tiene algo. Es una hermosa niña. No lo digo por lo obvio, tal vez demasiado obvio. No es una actriz, en absoluto, en el sentido tradicional. Lo que ella tiene, esa presencia, esa luminosidad, esa inteligencia deslumbrante, nunca podría salir a relucir en el escenario. Es algo tan frágil, tan sutil, que sólo la cámara puede captarlo. Es como un colibrí en vuelo: sólo la cámara puede congelar su poesía. Pero quien piense que la chica es otra Harlow, o una puta, está *loco*. Hablando de locura, es de eso que nos estamos ocupando: de Ofelia. Supongo que la gente se reiría de sólo pensarlo, pero realmente podría ser la Ofelia más deliciosa del mundo. Estaba hablando con Greta la semana pasada, y le hablé de Marilyn como Ofelia, y Greta dijo sí, que lo creía porque la había visto en dos películas, muy comunes y vulgares, pero que de todos modos dejaban entrever las posibilidades de Marilyn. En realidad, Greta tiene una idea divertida. ¿Sabes que quiere hacer una película de *Dorian Gray*? Con ella como Dorian, por supuesto. Bueno, dijo que le gustaría que Marilyn fuera una de las chicas que Dorian seduce y destruye. ¡Greta! ¡Tan desaprovechada! Y qué talento, bastante parecido al de Marilyn, cuando se piensa. Por supuesto, Greta es una actriz consumada, de máximo control. Esta hermosa criatura carece de todo concepto de disciplina o sacrificio. No sé por qué, pero me parece que no llegará a vieja. Es absurdo que lo diga, pero siento que morirá joven. Espero, ruego, que viva lo suficiente para liberar ese talento tan extraño y encantador que es en ella como un espíritu prisionero."



UNA HERMOSA NIÑA



Ahora Miss Collier ha muerto, y yo estaba en el vestíbulo de la capilla Universal esperando a Marilyn. Hablamos por teléfono la noche anterior y quedamos en sentarnos juntos en el servicio, que empezaría al mediodía. Ya llevaba más de media hora de retraso. *Siempre* llegaba tarde, pero pensé que, por una sola vez, podía llegar a horario. ¡Por el amor de Dios! ¡Maldición! De repente llegó, pero no la reconocí hasta que me dijo...

MARILYN: Querido, perdóname. Pero como ves, me maquillé y luego pensé que no debería ponerme pestañas postizas ni pintarme los labios ni nada, de modo que me lavé la cara, y no sabía qué ponerme...

(Lo que se había puesto finalmente habría sido apropiado para la abadesa de un convento que asiste a una audiencia privada con el Papa. Tenía el pelo totalmente cubierto por un pañuelo de chifón negro, un vestido negro suelto, largo, que parecía prestado, medias de seda negra que opacaban la rubia belleza de sus esbeltas piernas. Seguro que una abadesa no se habría puesto los zapatos de tacos altos, negros y vagamente eróticos, que había elegido, ni los anteojos oscuros, de lechuza, que tornaban dramática la palidez de vainilla de su fresca piel.)

TC: Se te ve muy bien.

M (royendo la uña del pulgar, ya totalmente comida): ¿Estás seguro? Estoy tan nerviosa, ¿sabes? ¿Dónde está el baño? Si pudiera ir un momento...

TC: ¿A tomarte una píldora? ¡No! Shhh. Esa es la voz de Cyril Ritchard: ya ha empezado el panegírico.

(De puntillas, entramos en la capilla llena de gente y logramos ubicarnos en un espacio estrecho en la última fila. Cyril Ritchard terminó de hablar. Lo siguió Cathleen Nesbitt, colega de toda la vida de Miss Collier, y finalmente Brian Aherne se dirigió a los presentes. Durante todo este tiempo, mi acompañante no cesaba de quitarse los anteojos para enjugar las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos azul grisáceos. Algunas veces la había visto sin maquillaje, pero hoy presentaba una nueva experiencia visual, un rostro que no había observado antes, y al principio no me di cuenta de qué pasaba. ¡Ah! Era por el pañuelo de cabeza. Con el pelo oculto, el cutis sin cosméticos, parecía de doce años, una virgen pubescente recién admitida en un orfelinato, que se lamenta por su suerte. Por fin la ceremonia terminó, y la congregación comenzó a dispersarse.)

M: Por favor, sentémonos aquí. Esperemos a que se vayan todos.

TC: ¿Por qué?

M: No quiero tener que hablar con todo el mundo. Nunca sé qué decir.

TC: Siéntate tú aquí, que yo esperaré afuera. Tengo que fumar un cigarrillo.

M: ¡No me puedes dejar sola! ¡Dios mío! Fuma aquí.

TC: ¿Aquí? ¿En la capilla?

M: ¿Por qué no? ¿Qué vas a fumar? ¿Marihuana?

TC: Muy graciosa. Vámonos.

M: Por favor. Hay un montón de fotógrafos abajo. Y por supuesto que no quiero que me saquen fotos con esta ropa.

TC: No te culpo.

M: Dijiste que se me veía muy bien.

TC: Y es verdad. Estás perfecta para el papel de la novia de Frankenstein.

M: Te estás riendo de mí ahora.

TC: ¿Te parece?

M: Te ríes por dentro. Y ésa es la peor clase de risa. (Frunciendo el ceño; mordiéndose la uña del pulgar.) En realidad, podía haberme puesto maquillaje. Todo el mundo aquí estaba maquillado.

TC: Incluso yo.

M: Hablando en serio. Es el pelo. Necesito tintura, y no tuve tiempo. Todo fue tan inesperado. La muerte de Miss Collier. ¿Ves?

(Se levantó un poquito el pañuelo para mostrarme una franja negra en la raya del pelo.)

TC: Pobre e inocente de mí. Yo que creía que eras una rubia auténtica.

M: Lo soy. Pero nadie es *tan* natural. ¿Por qué no te vas a la mierda?

TC: Bueno, ya se han ido todos. Vamos, levántate.

M: Estos fotógrafos están ahí todavía. Lo sé.

TC: Si no te reconocieron al entrar, no te reconocerán cuando salgas.

M: Uno me reconoció. Pero me metí por la puerta antes de que empezara a gritar.

TC: Debe haber una puerta posterior. Podemos salir por ahí.

M: No quiero ver ningún cadáver.

TC: ¿Por qué vamos a ver cadáveres?

M: Esto es una funeraria. Deben guardarlos en alguna parte. Lo único que me falta, entrar en un cuarto lleno de muertos. Ten paciencia. Iremos a alguna parte y te invitaré a tomar champagne.

(De modo que nos quedamos sentados y Marilyn dijo: "Odio los funerales. Me alegro de no tener que ir al mío. Sólo que no quiero funeral, y que uno de mis hijos, si tengo alguno, tire mis cenizas al viento. Hoy no habría venido de no ser porque Miss Collier me quería, se preocupaba por mi porvenir y era como una abuelita, una abuelita severa, pero que me enseñó muchas cosas. Me enseñó a respirar. Lo he aprovechado, y no sólo cuando actúo. Hay otros momentos cuando respirar es un problema. Pero cuando me enteré de la muerte de Miss Collier, lo primero que pensé fue: Oh, Dios mío, ¿qué pasará con Phyllis? Miss Collier era toda su vida. Pero me enteré de que se fue a vivir con Miss Hepburn. Feliz de Phyllis. Lo pasará tan bien ahora. Me gustaría cambiar con ella. Miss Hepburn es una persona maravillosa. En serio. Ojalá fuera amiga mía. Podría llamarla a veces y... bueno, no sé, charlar con ella".

Hablamos de cómo nos gustaba Nueva York y de cuánto aborrecíamos Los Angeles. "Aunque nací ahí, no se me ocurre nada bueno que decir de Los Angeles. Si cierro los ojos, y me imagino Los Angeles, todo lo que veo es una gran várice." Hablamos de actores y actuaciones. "Todos dicen que no sé actuar. Decían lo mismo de Elizabeth Taylor. Y se equivocaron. Estuvo magnífica en *Ambiciones que matan*. A mí nunca me darán el papel apropiado, algo que realmente quiera hacer. No me ayuda el aspecto físico. Demasiado específico"; hablamos un poco de Elizabeth Taylor; quería saber si yo la conocía y le dije que sí, y ella dijo bueno, cómo es, cómo es *en realidad*, y yo dije bueno, es algo parecida a ti, es muy franca y dice cualquier cosa,

y Marilyn dijo vete a la mierda y me dijo buenc
me preguntara cómo era Marilyn Monroe, cór
rilyn Monroe *en realidad*, qué diría, y le dije qu
pensarlo.)

TC: ¿Te parece que podemos irnos de una ve
metiste champagne, ¿recuerdas?

M: Recuerdo. Pero no tengo dinero.

TC: Siempre llegas tarde y nunca tienes dine
sualidad, ¿no estás bajo la impresión de que e
Isabel?

M: ¿Quién?

TC: La reina Isabel. La reina de Inglaterra.

M (frunciendo el ceño): ¿Qué tiene esa mie
conmigo?

TC: La reina Isabel nunca lleva dinero enc
está permitido. El vil metal no debe mancillar
la mano real. Hay una ley, o algo así.

M: Ojalá pasaran una ley parecida para mí.

TC: Sigue así y a lo mejor sucede.

M ¿Cómo paga cuando va de compras?

TC: Su dama de compañía trota a su lado co
sa llena de peniques.

M: ¿Sabes una cosa? Te apuesto a que le da
tis. Como pago cuando ella dice que usa el pro

TC: Es muy posible. No me sorprendería en
nimo. *Proveedores de Su Majestad*. Perros galeses
golosinas Fortum & Mason. Marihuana. Prese

M: ¿Para qué quiere ella preservativos?

TC: Ella no, tonta. Para ese bobo que la sig
sos atrás. El príncipe Felipe.

M: Para él. Oh, sí, me gusta. Debe tener un
rato. ¿Te conté esa vez que Errol Flynn sacó e
tocó el piano con él? Bueno, fue hace cien años
empezaba y fui a una fiesta tonta. Estaba Errol
contento consigo mismo. Aporreó las teclas. T
rayo de sol. ¡Cristo! Todo el mundo dice que M
le tiene el *schlong* más grande de Hollywood. Pe
le *importa*? Eh, ¿tienes dinero encima?

TC: Unos cincuenta dólares.

M: Eso nos debe alcanzar para un poco de c

(Afuera, Lexington estaba vacía de sospechoso
que inofensivos transeúntes. Eran como las dos
da tarde de abril, ideal para caminar. Deambul
la Tercera Avenida. Unos pocos dieron vuelta
no porque reconocieran a Marilyn como Marily
bido a su atavío funerario. Ella rió con esa sonr
especial, tentadora como cascabeles, y dijo: "
siempre debería vestirme así, verdaderamente

Mientras nos acercábamos al bar de P. J. C
que éste sería un buen lugar para tomar un ref
Marilyn lo vetó. "Está lleno de esos idiotas de
Y esa perra Dorothy Kilgallen siempre está all
chándose. ¿Qué les pasa a estos irlandeses? C
que los indios."

Me sentí obligado a defender a la Kilgallen,
go amiga mía, y dije que en ocasiones podía
muy graciosa. Marilyn dijo: "Sea como sea, ha
sas terribles acerca de mí. Todas esas perras me c
da, Louella. Sé que supuestamente una debe aco
a eso, pero yo no puedo. Lo que dicen, duele. ¿
cho yo a esas brujas? El único que escribe cos
de mí es Sidney Skolsky. Pero él es hombre. L
tratan bien. Como si fuera un ser humano. Po
me otorgan el beneficio de la duda. Y Bob Th
caballero. Y Jack O'Brian".

Miramos las vidrieras de las tiendas de antigü
una había una bandeja con anillos viejos y M
"Ese es bonito. El granate con las perlitas. Me g
der usar anillos, pero no me gusta que la gent
mis manos. Son demasiado gordas. Elizabeth
ne las manos gordas. Pero con los ojos que ti
se va a fijar en sus manos? Me gusta bailar des
a un espejo y ver cómo se me mueven las tetit
feas. Ojalá no tuviera las manos tan gordas."

En otra vidriera vimos un hermoso reloj de
que le hizo decir: "Nunca tuve un hogar. Una
dera, con muebles míos. Pero si vuelvo a casar
mucho dinero, voy a alquilar un par de camio
rreré la Tercera Avenida comprando todo lo que
rra. Una docena de relojes de péndulo. Los po
en un cuarto, y todos a la misma hora. Eso ser
verdadero hogar. ¿No te parece? ¡Eh! ¡Mira! ¡Er

TC: ¿Qué?

M: ¿Ves el letrero con la palma de la mano?
leer el futuro.

TC: ¿Tienes ganas de entrar?

M: Bueno, vamos a ver cómo es.

(No es un lugar acogedor. Por una vidriera
bimos un cuarto desprovisto de muebles con
flaca, con aspecto de gitana, sentada en una s
debajo de una lámpara roja como el infierno c

del techo y que esparcía un brillo torturador. Estaba tejiendo un par de escarpines. No nos miró. Marilyn estuvo a punto de entrar, luego cambió de idea.)

M: Hay veces que me gusta saber qué pasará. Pero después pienso que es mejor no saberlo. Me gustaría saber dos cosas, sin embargo. Una, si voy a adelgazar.

TC: ¿Y la otra?

M: Es un secreto.

TC: Vamos, vamos. Hoy no puede haber secretos. Hoy es un día de dolor, y los que sufrimos compartimos los pensamientos más recónditos.

M: Bueno, es acerca de un hombre. Hay algo que quiero saber. Pero no diré más. Realmente *es* un secreto.

(Y pensé: Eso es lo que tú crees. Ya te lo sacaré.)

TC: Estoy preparado para invitarte con champagne.

(Terminamos en la Segunda Avenida, en un restaurante chino vacío, decorado chillonamente. Pero tenía un bar bien provisto, y pedimos una botella de Mumm. Llegó, pero sin helar y sin balde. La tomamos en vasos altos, con cubitos adentro.)

M: Esto es divertido. Como filmar en exteriores. Si a una le gusta. A mí no. *Niagara*. Qué película mala. Horrible.

TC: Hablemos de tu amor secreto.

M: (*silencio*).

TC: (*silencio*).

M: (*risitas*).

TC: (*silencio*).

M: Conoces a tantas mujeres. ¿Cuál es la mujer más atractiva que conoces?

TC: Barbara Paley. No tiene rival.

M (frunciendo el ceño): ¿Esa a la que le dicen "Babe"? A mí no me parece una beba. La he visto en *Vogue*. Es elegante. Encantadora. Mirando las fotos una se siente como una chancha.

TC: Le divertiría oír eso. Te tiene celos.

M: ¿Celos de *mí*? Te estás burlando de nuevo.

TC: No. Está celosa.

M: Pero ¿por qué?

TC: Por lo que dijo en los diarios una periodista, creo que la Kilgallen. Algo así: "Se rumorea que Mrs. Di Maggio tuvo una cita con el mayor magnate de la televisión, y no precisamente para hablar de negocios". Ella leyó la nota y creyó que era verdad.

M: ¿Que era verdad qué?

TC: Que su marido tiene un asunto contigo. William S. Paley. El mayor magnate de la televisión. Le gustan las rubias bien formadas. Las morochas también.

M: Eso es un disparate. No conozco a ese tipo.

TC: Ah, vamos, vamos. Conmigo puedes ser franca. Este amante secreto es William S. Paley, *n'est-ce pas*?

M: ¡No! Es un escritor. El es un escritor.

TC: Eso es mejor. Ya vamos a alguna parte. De modo que tu amante es un escritor. Debe de ser malísimo, o no te avergonzarías de decirme su nombre.

M (*furiosa, frenética*): ¿Por qué es la "S"?

TC: La "S". ¿Qué "S"?

M: La "S" en William S. Paley.

TC: Oh, esa "S". No quiere decir nada. La metió allí porque quedaba bien.

M: ¿Sólo una inicial que no reemplaza nada? Por Dios. Mr. Paley debe de ser un poquito inseguro.

TC: Tiene un montón de tics. Pero volvamos a tu misterioso escriba.

M: ¡Basta! No entiendes. Tengo tanto que perder.

TC: Mozo, otra botella de Mumm, por favor.

M: ¿Estás tratando de aflojarme la lengua?

TC: Sí. Te diré una cosa. Hagamos un trato. Yo te cuento un cuento, y si te parece interesante, tal vez podamos hablar de tu amigo el escritor.

M (tentada, pero renuente): ¿Un cuento de qué?

TC: De Errol Flynn.

M: (*silencio*).

TC: (*silencio*).

M (enojada consigo misma): Bueno, empieza.

TC: ¿Recuerdas lo que me contaste de Errol? ¿Lo contento que estaba con su pito? Yo soy testigo de eso. Una vez pasamos juntos una noche muy agradable. Si me entiendes.

M: Lo estás inventando. Estás tratando de engañarme.

TC: Lo juro. Estoy jugando limpio. (Silencio. Pero veo que está muy interesada, de modo que después de encender un cigarrillo, prosigo.) Bueno, sucedió cuando yo tenía dieciocho años. O diecinueve. Durante la guerra. El invierno de 1943. Esa noche daba una fiesta Carol Marcus, que no sé si ya estaba casada con Saroyan, en honor de su mejor amiga, Gloria Vanderbilt. La fiesta fue en la casa de su madre, en Park Avenue. Una gran fiesta. Habría unas cincuenta personas. Como a la medianoche entra Errol Flyn con su doble, un *playboy* que hacía las escenas de capa y espada, llamado Freddie McEvoy. Los dos estaban bastante borrachos. De todos modos, Errol se puso a charlar conmigo. Era inteligente, y nos reíamos mucho. De pronto dijo que quería ir a El Morocco, y por qué no iba con él y con su amigo McEvoy. Dije que sí, pero McEvoy no quería irse de la fiesta, que estaba llena de jovencitas recién presentadas en sociedad, de manera que Errol y yo nos fuimos solos. Sólo que no fuimos a El Morocco. Tomamos un taxi hasta la zona de Gramercy Park, donde yo tenía un departamento de un ambiente. Se quedó hasta el día siguiente, al mediodía.

M: Y ¿cómo calificarías? ¿En una escala de uno a diez?

TC: Francamente, si no hubiera sido Errol Flynn, ni siquiera me acordaría.

M: No es un gran cuento. No mereces el mío. Ni por asomo.

TC: Mozo, ¿y el champagne? Los dos tenemos sed.

M: Y no me has dicho nada nuevo. Ya sabía que Errol caminaba en zigzag. Tengo un masajista que es como mi propia hermana, que era masajista de Tyrone Power, y él me contó la relación que había entre Errol y Tyrone. De modo que tendrías que contarme algo mejor.

TC: Es difícil hacer tratos contigo.

M: Estoy lista a escuchar. De modo que cuéntame cuál fue tu mejor experiencia. En ese sentido.

TC: ¿La mejor? ¿La más memorable? Mejor que contestes tú primero.

M: ¡Y dices que yo soy difícil! ¡Ja! (*tomando champagne*) Joe no es malo. Juega bien al béisbol. Si fuera por eso, aún seguiríamos casados. Todavía lo amo. Es sincero.

TC: Los maridos no cuentan. En este juego.

M (*mordisqueándose la uña; pensando, realmente*): Bueno, conocí a un hombre, medio pariente de Gary Cooper. Un corredor de bolsa, no gran cosa: sesenta y cinco años, usa anteojos gruesos. No sé qué era, pero...

TC: Puedes parar ahí. Sé todo acerca de él por otras chicas. Ese viejo espadachín sigue recorriendo mundo. Se llama Paul Shields. Es el padrastro de Rocky Cooper. Se supone que es sensacional.

M: Lo es. Bueno, vivo. Tu turno.

TC: Olvídalo. No tengo por qué contarte nada. Porque ya sé quién es tu maravilla oculta: Arthur Miller. (Bajó los anteojos negros. Si las miradas mataran...)

M (*tartamudeando*): Pero ¿cómo? Quiero decir, nadie... Es decir, casi nadie...

TC: Hace por lo menos tres o cuatro años, Irving Drutman...

M: ¿Irving *qué*?

TC: Drutman. Un escritor del *Herald Tribune*. El me contó que tú andabas con Arthur Miller. Que estabas enamorada de él. Soy demasiado caballero para haberlo mencionado antes.

M: ¡Caballero! (*tartamudeando de nuevo pero con los anteojos negros en su lugar*) Tú no entiendes. Eso fue hace mucho. Eso terminó. Pero esto es nuevo. Todo es diferente ahora y...

TC: No olvides invitarme a la boda.

M: Si dices algo de esto, te mato. Te hago eliminar. Conozco un par de hombres que me harían ese favor con todo gusto.

TC: Es algo que no dudo ni por un minuto.

(Por fin regresa el mozo con la segunda botella.)

M: Dile que se la lleve. No quiero más. Quiero irme de aquí.

TC: Siento haberte molestado.

M: No estoy molesta.

(Pero lo estaba. Mientras pagaba la cuenta, fue al toilette. Deseé tener conmigo un libro para leer: sus visitas al toilette a veces duraban tanto como la preñez de una elefanta. Mientras pasaba el tiempo, me puse a pensar si estaría tomando píldoras tranquilizantes o estimulantes. Tranquilizantes, sin duda. Había un diario en el bar. Lo tomé. Estaba escrito en chino. Después de unos veinte minutos, decidí investigar. A lo mejor se había tomado una dosis letal, o cortado las muñecas. Encontré el baño de damas y llamé a la puerta. Dijo: "Pasa". Estaba frente a un espejo mal iluminado. Pregunté: "¿Qué estás haciendo?". Ella contestó: "Mirándola". En realidad, se estaba pintando los labios color rubí. Además, se había quitado el pañuelo de la cabeza y peinado ese pelo brillante y finito que tenía.)

M: Espero que te quede bastante dinero.

TC: Depende. No como para comprar perlas, si es tu idea de hacer las paces.

M (riendo, nuevamente de buen humor. Decidí no volver a mencionar a Arthur Miller): No. Para un viaje en taxi, nada más.

TC: ¿Adónde vamos, a Hollywood?

M: Diablos, no. A un lugar que me gusta. Ya verás cuando lleguemos.

(No tuve que esperar tanto, pues no bien subimos al taxi, oí que le decía que nos llevara al muelle de la calle South, y pensé: "¿No es allí donde se toma el ferry para Staten Island?". Y mi conjetura fue: tomó píldoras además del champagne, y está loca ahora.)

TC: Espero que no vayamos a tomar un barco. No llevo dramamine encima.

M (*feliz, riendo*): Vamos al muelle, nada más.

TC: ¿Puedo preguntar por qué?

M: Me gusta. Huele a otro país, y puedo dar de comer a las gaviotas.

TC: ¿Qué les darás? No tienes nada.

M: Sí, tengo la cartera llena de bizcochitos chinos. Los robé del restaurante.

TC (*haciendo una broma*): Sí, sí. Mientras estabas en el baño abrí uno, y el papelito de adentro era un chiste verde.

M: Por Dios. ¿Obscenidades en vez del porvenir?

TC: Seguro que a las gaviotas no les importará.

(Pasamos el Bowery. Tiendas diminutas de empeño, estaciones de donación de sangre, cuartos con camas por cincuenta centavos, pequeños hoteles sórdidos de alojamiento por un dólar, bares de blancos, bares de negros y por todas partes vagos, vagos jóvenes, ancianos vagos en cuclillas sobre la vereda sentados en medio de vidrios rotos y de vómitos, vagos apoyados contra las puertas y acurrucados como pingüinos en las esquinas. En una oportunidad, al detenernos ante una luz roja, un espantapájaros de nariz roja avanzó tambaleándose hacia nosotros y empezó a limpiar el parabrisas del taxi con un trapo húmedo que aferraba su temblona mano. Nuestro conductor protestó, gritando obscenidades en italiano.)

M: ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

TC: Quiere una propina por limpiar el vidrio.

M (*cubriéndose la cara con la cartera*): ¡Qué horrible! No lo aguanto. Dale algo. Apúrate. ¡Por favor! (Pero ya el taxi partía, derribando casi al viejo borracho. Marilyn lloraba.) Estoy descompuesta.

TC: ¿Quieres irte a casa?

M: Se ha arruinado todo.

TC: Te llevaré a casa.

M: Espera un minuto. Ya estaré bien.

(Así seguimos hasta la calle South; ya allí, el ferry anclado, la vista de Brooklyn del otro lado, las gaviotas que revoloteaban y se divertían, blancas contra el horizonte marino y el cielo veteado de vellones de nubes, diminutas y frágiles como encaje, pronto tranquilizaron su espíritu. Al bajar del taxi vimos a un hombre que llevaba a un perro chino de una correa. Era un pasajero que se dirigía al ferry. Al pasar junto a él, mi compañera se detuvo a acariciar el perro.)

EL HOMBRE (firme y poco amistosamente): No debería tocar perros desconocidos. Especialmente a éstos. Podrían morderla.

M: Los perros nunca me muerden. Sólo los humanos. ¿Cómo se llama?

EL HOMBRE: Fu Manchu.

M (*riendo*): Oh, como en el cine. Qué amor.

EL HOMBRE: Usted, ¿cómo se llama?

M: ¿Yo? Marilyn.

EL HOMBRE: Eso pensé. Mi mujer no me creería. ¿Me puede dar su autógrafo?

(Sacó una tarjeta y una lapicera. Utilizando su cartera como apoyo, ella escribió: *Que Dios lo bendiga - Marilyn Monroe*).

M: Gracias.

EL HOMBRE: Gracias a *usted*. Voy a mostrar esto en la oficina.

(Seguimos hasta el borde del muelle, donde nos pusimos a escuchar el ruido del agua.)

M: Yo solía pedir autógrafos. Todavía lo hago, a veces. El año pasado vi a Clark Gable sentado cerca de mí en Chasen, y le pedí que me firmara la servilleta.

(Apoyada contra un poste de amarras, la observé, de perfil: Galatea oteando las distancias no conquistadas. La brisa le esponjaba el pelo. Volvió la cabeza hacia mí con gracia etérea, como si la hiciera girar la brisa.)

TC: ¿Cuándo alimentamos los pájaros? Yo también tengo hambre. Es tarde, y no almorzamos.

M: Recuerda, te dije que si alguna vez te preguntaran cómo era yo, cómo era, *en realidad*, Marilyn Monroe, ¿cómo contestarías esa pregunta? (Su tono era juguetón, burlón, sin embargo sincero al mismo tiempo: quería una respuesta honesta): Apuesto a que dirías que era una palurda.

TC: Por supuesto, pero también les diría...

(Ya se iba la luz. Ella parecía desvanecerse con la claridad, mezclarse con el cielo y las nubes, retroceder y ocultarse detrás. Yo quería alzar la voz por encima de los gritos de las gaviotas y preguntarle: "Marilyn, Marilyn, ¿por qué todo tuvo que salir así? ¿Por qué es una mierda esta vida?")

TC: Yo diría...

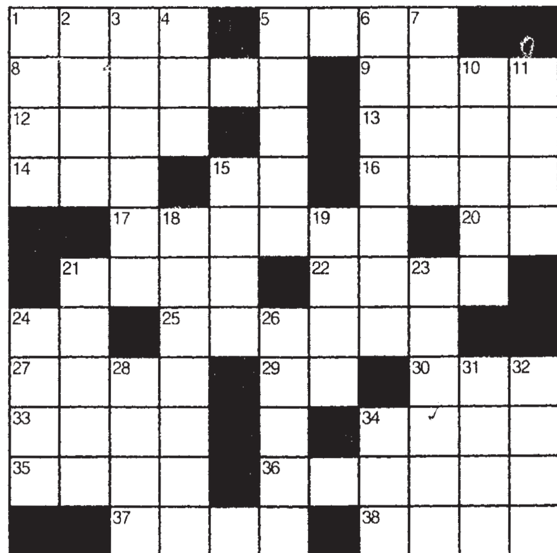
M: No te oigo.

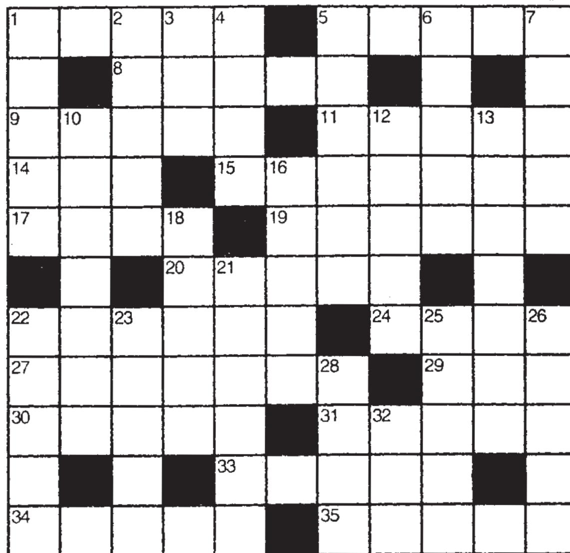
TC: Diría que eres una hermosa niña.

Este retrato está incluido en Música para camaleones *de Truman Capote.*
Se reproduce por gentileza de la Editorial Sudamericana.

VERANO12 JUEGOS

CRUCIGRAMAS





HORIZONTALES

1. Tumor blando. **5.** Mamífero rumiante bovino. **8.** Organismo de la ONU. **9.** Instrumento músico de cuerdas. **12.** Mercado árabe. **13.** Remolcar una embarcación. **14.** (... Mayor) Constelación. **15.** Símbolo del germanio. **16.** Porción de tierra rodeada de agua. **17.** Dios pagano. **20.** Símbolo del manganeso. **21.** (Sito) Motociclista español. **22.** Título de deuda emitido por el Estado. **24.** Símbolo del helio. **25.** Reserva de dinero por previsión. **27.** Aferrar con las manos. **29.** Consonante. **30.** Ruin, abyecto. **33.** Uní en matrimonio. **34.** Comida que se toma por la noche. **35.** Existían. **36.** Oriundo de Lyon. **37.** Desafío de honor. **38.** Sepultura.

VERTICALES

1. Persona que trabaja sumergida en el agua. **2.** Pronombre indefinido en plural. **3.** Persona que tiene subvención estudiantil. **4.** Cocino carne al fuego. **5.** Unid con hilo y aguja. **6.** Utensilio de cocina usado para revolver a mano. **7.** Bóvido extinto (pl.). **10.** Medida de longitud, cuarta parte de la vara. **11.** Roturan la tierra. **15.** (Lilian) Actriz estadounidense. **18.** Cubra con arena. **19.** Descubre lo cerrado. **21.** Remordimiento, arrepentimiento. **23.** Que sigue al octavo. **24.** Realiza, produce. **26.** Célula sexual femenina que se forma en el ovario. **28.** Río que nace en el Tirol. **31.** (Doña) Enamorada de Don Juan Tenorio. **32.** Floja, sin fuerzas. **34.** Onomatopeya de la tos.

HORIZONTALES

1. Camarada. **5.** Asno. **8.** Número impar. **9.** Nativo de Irán. **11.** Plano inclinado que une dos superficies de distinto nivel. **14.** Abreviatura de Europa. **15.** Reírse levemente. **17.** Persona que imita con afectación las maneras u opiniones de aquellos a quienes considera distinguidos. **19.** (... Moreau) Actriz francesa. **20.** Porción del intestino delgado. **22.** Fundición de acero. **24.** Embarcación que construyó Noé. **27.** Guardará silencio. **29.** Siglas latinas, "Jesús salvador de los hombres". **30.** Conjunto de preceptos de la religión musulmana. **31.** Afeitan. **33.** Callé, silencié. **34.** Armadura de guerra. **35.** Remolcas una nave.

VERTICALES

1. Uno de los signos del zodíaco. **2.** Según la mitología, hijo de Dédalo. **3.** Bebida alcohólica. **4.** (Federico de) Escritor español. **5.** Isla de Insulindia, la tercera en el mundo en extensión. **6.** Hagan avanzar el bote por medio de los remos. **7.** Elevaré una plegaria. **10.** Escritas en runas. **12.** Embuste, mentira. **13.** Hoja del pino. **16.** Mirar superficialmente un texto. **18.** Hurta, escamotea una cosa. **21.** Atamos, envolvemos. **22.** Amarga, agria. **23.** (... Burstyn) Actriz. **25.** Conjunto de cascotes que se usan para rellenar. **26.** Borricas. **28.** Composición musical para una sola voz. **32.** Compañía telefónica estadounidense.

DEL 1 AL 9

Coloque, en cada esquema, los números del 1 al 9 sin repetirlos para obtener los resultados indicados. Las operaciones se van haciendo sucesivamente de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. En cada caso le damos una tabla auxiliar con las cifras del 1 al 9 para que vaya tachando las ya utilizadas.

A

1 2 3 4 5 ~~6~~ 7 8 9

□ − □ + □ = 4
\+ + +
□ + □ × □ = 96
\+ − −
□ + 6 × □ = 10
= = =
9 8 14

B

~~1~~ 2 3 4 5 6 7 8 9

□ + □ + □ = 12
\+ − −
□ × □ + □ = 66
\+ + /
□ × □ + 1 = 41
= = =
18 3 3

C

1 2 3 ~~4~~ 5 6 7 8 9

□ + □ + □ = 18
\+ − −
□ × □ + □ = 23
\+ + /
4 × □ + □ = 21
= = =
18 6 2

SOLUCIONES

CRUCIGRAMAS





DEL 1 AL 9

A. 257 398 461

B. 426 973 581

C. 639 827 451